Cursos de Verano para Extranjeros. 40 aniversario

MEMORIA DE UNA AVENTURA LITERARIA

Antonio Pereira

CONFERENCIA PRONUNCIADA EN EL ACTO DE CLAUSURA DE LOS CURSOS DE VERANO PARA EXTRANJEROS DE LA UNIVERSIDAD DE LEÓN El 27 DE AGOSTO DE 1996

Ilustres autoridades, señores cursillistas. Señoras y señores:

Me gusta empezar así mi intervención, saludándoles con la a veces olvidada cortesía de los viejos discursos; pero no se asusten: lo más alejado de mis intenciones es ofrecer a ustedes una hora de doctrina espesa, ni siquiera lo que se dice una lección magistral.

El programa anuncia que vamos a celebrar la clausura de los cursos, unas fecundas jornadas de cultura y convivencia. Es un acto solemne y yo me debo a esa natural prestancia que trataré de cumplir, esto sí, sin demérito de la sencillez, de la claridad, del acercamiento que debo a quienes han venido a iniciarse o perfeccionarse en nuestra lengua y literatura.

Así, lo que a mí me gustaría en esta mañana de despedidas es mantener un encuentro con ustedes, un encuentro de amigos, contarles cosas, confesarles algunas penas y las comedidas satisfacciones del oficio de escribir. Y sin ningún pudor les diré que la dirección de estos cursos no ha elegido del todo mal al hacerme a mí el encargo. Podían haber traído a un personaje de campanillas, por qué no un Premio Nobel. Pero ahí no tendrían ustedes el caso, como lo tienen en mí, de un hombre que ha vivido siempre la literatura sin haber conseguido vivir totalmente de la literatura. Un representante, me atrevo a decir, de esa clase media de escritores que llena no pocas páginas de la historia literaria de España.

O sea: que en esta tribuna, y hablándoles por este micrófono, hay un hombre que ha publicado una veintena de libros, un centenar largo de relatos, varios centenares, aun no sé si millares, de artículos y ensayos breves. Que ha obtenido algunos premios y reconocimientos, pero también decepciones y desmayos. Un empecinado que comenzó su vida escribiendo y que no sabría terminarla si no es en el mismo afán de encararse con la cuartilla en blanco.

Una mañana, cuando en mi pueblo se me estaba acabando la edad del pantalón corto, me publicaron mi primer artículo; o sea: que vi mi nombre en letra de imprenta. Esto es algo deslumbrador para quien tiene la vocación de la escritura. Los periódicos y las imprentas dan, o daban, un olor excitante.

En la Plaza de Villafranca del Bierzo estaba, está, la imprenta y librería y al cabo de tantos años sigo sin explicarme cómo es posible que en aquellas estanterías, que por cierto pertenecían a mi padrino el librero e impresor, se encontraran ciertos títulos minoritarios. Yo no sabría dar conclusiones respecto a la influencia sobre mi obra, pero algunos indicios pueden asomar en las lecturas de mi adolescencia, en una villa de pocos habitantes, aunque rara y curiosamente dotada para la literatura.

Leí las grandes novelas europeas del XIX y del primer tercio del XX: mucho Dickens, mucho Dostoievski y Balzac, en ejemplares baratos (veinte o treinta céntimos en la colección Novelas y cuentos); pero me pongo a pensar y reconozco una preferencia temprana por escritores que hoy clasificamos como "raros y olvidados", sobre todo si arrastraban flecos decadentes e incluso morbosos.

Diré sin rodeos que me apasionaba Vargas Vila. Este escritor colombiano, que ya no suele aparecer en las enciclopedias literarias de ahora, me fascinaba con sus lampadarios y nenúfares, con su erotismo mórbido -lo de mórbido se decía mucho-. Vargas Vila llevaba a sus afortunados personajes por jardines crepusculares. Allí, Hugo Vial -artista y exquisito- persuadía a sus amadas, -¡oh amada!, ¡oh desdeñosa!- "mientras con mano hábil las desaligeraba del corsé y, como olas de un mar de nieve, los dos globos de alabastro brotaban insumisos". Y esto, a mis catorce o quince años. Se ve que yo era un niño repelente; pero se vio también que yo era en el fondo un mozo sano -literariamente- y mis defensas naturales triunfaron sobre aquellos virus.

Transité la prosa de Miró, que también sintonizaba con mi entendimiento de la belleza, pero ya en otro plano, y sobre todo, encontré a D. Ramón María del Valle Inclán. Por Valle hubiera dado la vista y la vida, cuando en la trastienda del librero don Tomás Nieto fatigaba mis ojos. Los amores otoñales -autumnales, claro- de Bradomín, la indolencia de la Niña Chole, "los siete copiosos sacrificios" que el Marqués le rinde en la Sonata de Estío, ¡y en un convento!, esto sí, esto es lo que buscaba; para escribir cosas así había nacido yo, se me ocurría pensar.

Pero vengamos a mi ocupación adulta de escritor, aunque no por mucho madurar en la edad, deja uno de vivir aprendiendo. Quiero decir tics, trucos, a veces pequeñas miserias del oficio.

No me gustan los coches, los automóviles. La mayoría de los escritores que

conozco no son conductores. "Si escribes no conduzcas", es el remedo de consigna de Tráfico que le oí hace unos días a la mujer del novelista José María Merino. En cambio, los transportes más lentos y colectivos pueden ser lugares de descansada reflexión, e incluso oficinas para el escritor, aunque no tanto como los cafés y las tabernas.

Estos ámbitos son buenos, sobre todo, para el poeta y el cuentista. Yo suelo escribir en casa, pero el producto me lo echo al bolsillo y no sé si alguien me tendrá espiado en la actitud de corregir sobre la marcha -nunca mejor dicho- caminando o deteniéndome para apoyar la cuartilla en el respaldo, en la pared, o, puede ser, en el respaldo de delante en el autobús, o sobre la mesa mercenaria del bar.

Hay poetas que imagino invitados a un castillo, preferiblemente en la tarde junto a un lago, y les sale una hermosura como "Terrible es todo ángeI / no obstante a sabiendas yo os invoco y nombro / pájaros mortales casi para el alma"; otro poeta, en cambio, dirá "yo voy soñando caminos de la tarde, / las colinas doradas, los verdes pinos, las polvorientas encinas..." y en este ejemplo último pienso que el poeta podía haber escrito en cualquier espacio y hora sus cortos versos memorables.

No voy a compararme con el Rilke del *Duino*, ni con el D. Antonio Machado de las *Soledades* -que a ellos pertenecen tales ejemplos- pero he venido para declarar, y declaro que con la edad he sentido rebajarse el mito del recogimiento, cuasi religioso, que me da pudor revestirme de medio pontifical y sentarme a esperar lo que los franceses nombran certeramente la visiteusse.

El poeta suele confesar que sólo escribe cuando siente la llamada, empujado por una fuerte necesidad interior. Pero a veces pienso que los poetas deberían ponerse manos a la obra todos los días, dándole al verso con alegría y sencillez. Me gusta el ejemplo de Unamuno; me atrae su cancionero voluminoso: cerca de dos mil poemas "de diario", donde al lado de explicables ripios y meras ocurrencias, brillan pequeñas joyas preciosas. Admiro el valor de un poeta que espera tanto de la sencilla constancia como de la inspiración.

Pero quizás estoy hablando demasiado de poesía, cuando lo que me he propuesto es una panorámica sobre mi obra. Trataré de explicar por qué mis palabras sobre la poesía han venido tan a cuento.

En una reciente entrevista el informador preguntó si los antecedentes como poeta son buenos como preparación para escribir narrativa, sobre todo narrativa breve. Le contesté que sí, que "excelentes, con tal de que el cuentista se olvide totalmente de los versos, ¡pero no de la poesía!, a la hora de componer sus

historias". Debería haber añadido mi sospecha de que sin mi obra poética, acaso no hubiera dado en cuentista, una dedicación -devoción es la palabra que empleó el periodista- donde estoy encontrando estímulos y satisfacciones.

Mi primer libro fue de versos: *El regreso*, en la colección "Adonais". Otras entregas le siguieron en "El Bardo", "Arbolé" o "Plaza y Janés". Soy consciente de que en mi obra poética hay un aprovechamiento de elementos narrativos; no en vano una antología totalizadora se titula *Contar y seguir*. Pero no menos reconozco que mis relatos se lucran de algunas cualidades del poeta.

No me refiero al empleo de vocablos tenidos por líricos ni a ritmos patentes o solapados que son propios del verso. Ya lo he dicho: justamente, lo que hay que evitar; ni lo que se llama "prosa poética". Nada de eso. La aportación que hace la poesía está en el potencial de sugerencia de las palabras y en un sentido de la economía, un instinto de la economía, podría decirse más bien. Son réditos de la disciplina del poema operantes en la aspiración del relato al efecto único, en el destino manifiesto del discurso del cuento hacia una final emoción intensa.

Esto puede valer para la novela, pero menos. Pensemos en la densidad y la tensión que percibimos en un cuento de Borges -*El sur, La intrusa* o *El milagro secreto*-. Yo creo que sería difícil sostener esa temperatura a lo largo de las páginas de una novela, y si el novelista lo consiguiera, el lector estaría sofocado y suspirando por alguna tregua con refrigeración.

Tocante a novelas he publicado tres títulos, y son: *Un sitio para Soledad, La costa de los fuegos tardíos* y *País de los Losadas*.

Un sitio para Soledad era mi debut en este género, una novela sin ambiciones innovadoras, grosso pecatto en unos años cautivados por el experimentalismo. Tuvo críticas decentes, y se vendió bien a lo largo de varias ediciones, pero no, no me dio asiento seguro y confortable en la nómina de los novelistas de aquel momento.

La segunda, *La costa de los fuegos tardíos*, es una espina que tengo "en el corazón clavada". Yo tenía el manuscrito de una colección de relatos; por entonces, cualquier editor se santiguaba al ver entrar en su despacho un libro de narrativa que no fuese una novela y yo quería publicar mis relatos. Las distintas piezas estaban trabadas sobre un único escenario y por unos vínculos razonables; hasta había personajes que se repetían, de manera que caí en la tentación de unos arreglos oficiosos y a la calle salió como novela, dudosa, lo que hubiese sido un conjunto cierto y decoroso de cuentos.

Sobre *País de los Losadas*, aparecida en momentos un poco especiales de la

vida de España -Barcelona 1978-, no tengo nada de que acusarme ni de que arrepentirme; al contrario, me dan ganas de levantar la voz y decir que me siento injustamente maltratado por las circunstancias. El libro apareció en una primera edición, se vendió y nadie se acordó de reimprimirlo ni de fomentarlo. Hubo voces críticas, favorables e incluso entusiastas, pero faltaron los ecos. Creo que *País de los Losadas* es una novela considerable y aspiro a verla reivindicada. Ya veremos cuándo.

Por entonces empecé a tener constancia de que algo de mi obra transcendía de la atención inmediata de la crítica periodística y pasaba al territorio despacioso de los profesores. Esto me causaba perplejidad. Yo sólo sabía que había inventado unas historias y que me había sentado a escribirlas sin la menor predeterminación técnica. Y mira tú por dónde, había oídos finísimos que distinguían entre lo que opinaba el autor y lo que decía el narrador y descubrían el modelo actancial, y hasta los apaños que el narrador se traía con los personajes: que si la relación de conocimiento era la omnisciencia, la equisciencia o la deficiencia.

Una mañana me colé en un aula y Ricardo Gullón estaba explicando una obra mía en la pizarra. No sentí la menor vanidad, porque salí con la impresión de que el maestro hablaba de otro escritor, por supuesto, más importante que yo.

Yo, yo, yo; ¡qué antipático y egolátrico puede sonar el pronombre personal de la primera persona! Uno de estos días, precisamente, oí una de tantas entrevistas por la radio y el entrevistado hablando de política, o de las vacas locas, o de lo que fuera, aprovechaba para anunciar, para anunciarse: "pues, precisamente en el libro que yo acabo de publicar...", y una voz femenina y familiar -como que es la que vive conmigo- me dijo: "Ya ves lo mal que suenan esos protagonismos".

Yo les pido perdón a ustedes por tanto yo en esta mañana, pero me excuso con el hecho de que el tema es mi propia y modesta aventura y porque el idioma no me ofrece otros recursos salvo algunos eufemismos hipócritas que todavía me gustan menos. Con que sigamos.

Nunca tuve la idea de escribir para enseñar a los demás; más bien al escribir advierto que me estoy instruyendo yo mismo. Algo así me ocurre al preparar para ustedes estas reflexiones: que descubro cosas o reconozco dudas respecto a mi propia obra. Por ejemplo: algunas sospechas sobre la causa de mi conocida, y ahora mismo preferente, dedicación al cuento. "Desvarío laborioso y empobrecedor el de componer vastos libros, el de explayar en quinientas páginas una idea cuya perfecta exposición oral cabe en pocos minutos", escribía el cuentista Borges en el prólogo a El jardín de senderos que se bifurcan. Yo podría enunciar esa misma teoría, puesto que la convierto en práctica, pero es razonable preguntarse cómo hubiera sido la

obra de Borges si su autor no hubiese padecido de la vista hasta entrar en la ceguera, una situación que permite elaborar poemas o relatos, pero no tanto, desenvolver una novela. O preguntarme a mí mismo si la opción por la brevedad no tiene algo o mucho que ver con mi vocación de hombre "disipado" -no quiero decir calavera o libertino-, ejerciendo seriamente la literatura, pero simultaneándola con otros oficios, traslados, traqueteos por otros ámbitos. Y no me faltan compañeros: D. Juan Manuel -si no se escandalizan con la comparación- andaba siempre del coro al caño, del Reino de Navarra al Reino de Murcia, y por eso escribió los Apólogos del Conde Lucanor en vez de un novelón como El Quijote. El cuentista y preceptor de cuentistas Horacio Quiroga apenas escribió más que cuentos, y [qué casualidad], andaba al mismo tiempo de colono por la selva, cultivaba algodón en El Chaco, tenía negocios de carbón. Y el caso tan significativo de Cortázar: Cortázar "se repartía", mucho en los últimos tiempos y su libro de relatos Queremos tanto a Glenda, lo produjo en diez asaltos espaciados durante cuatro años. Pero "así no puede escribirse una novela", declaraba a su entrevistadora.

Por mi parte, admiro la novela y a los novelistas y no renuncio a la aventura de volver a urdir una novela de trescientas páginas. Pero la novela exige sudar en la silla, mientras el cuento sale o no sale; y si sale pues ya está.

En la década de los cincuenta y los sesenta funcionaba en España un premio prestigioso para libros de cuentos: el Premio Leopoldo Alas, y había sido otorgado a escritores como Lauro Olmo, Ferrer- Vidal, Ramón Carnicer o Mario Vargas Llosa. A mí me lo dieron por Una ventana a la carretera, que era mi primer libro en prosa.

Una ventana a la carretera tenía algunas malicias conceptuales, e incluso expresivas, pero en general, era el libro de un narrador inocente, poco maleado por la literatura. Con la serenidad que dan los años puedo decir que tuvo éxito; entendámonos: ese éxito minúsculo y vergonzante que se puede alcanzar en España con esta clase de "producto".

Siempre me admiró que Maupassant publicara *Bola de sebo*, un cuento de pocas páginas, y estallase su notoriedad; o que al joven Walt Witman, con sólo colocar un relato, *Muerto en clase*, en la Democratic Review se le abrieran las puertas de Nueva York.

Aquí no pasan estas cosas, pero la buena fortuna, la pequeña buena fortuna de mis primeros cuentos, la deduje, ¿saben ustedes de qué? Pues, de consiguientes renuencias críticas a mis poemas o novelas o ensayos. "Lo tuyo son los relatos", aunque al publicar relatos también he podido oír que "nada como mi poesía" o "la andadura más ancha de mis novelas".

Es lo malo, en España, por lo menos, de tocar varios instrumentos. Lo decía Cela:

"Este país es tan pobre que no da más que para tener una sola idea de una misma persona".

Otros libros de cuentos fueron *El Ingeniero Balboa y otras Historias Civiles*. *Los brazos de la i griega*, con relatos como "Las Peras de Dios", que sirvió para el cine, y el de edición popular y gran tirada Historias veniales de amor, que pudo estar muy bien y me costó lagrimas; literalmente: lloré, por culpa de su cubierta melodramática y en colorines. Así andaban mis negocios literarios, y no podrá decirse que en el mercado editorial y en el conocimiento público fuesen gran cosa, para un hombre hecho y derecho, con bastantes años a las espaldas. Es verdad que iba creciendo despacio, muy despacio, el grupito de seguidores de mi obra -sobre todo de mi narrativa breve-. Mis cuentos los estudiaban en algunas Universidades, que me invitaban para que acudiese en persona a sus aulas. Aparecían en periódicos y revistas, pero los críticos y profesores me tenían -y no sé si me siguen teniendo- por un "escritor de culto", calificación muy honrosa, pero también muy peligrosa, porque puede llevar a que seas, por lo menos en vida, "un escritor oculto".

Hasta que se produjo un leve punto de inflexión -repito que estoy hablando de la edición de mis cuentos, no de la orientación de mi escritura-. Probablemente ocurrió con la salida de *El síndrome de Estocolmo*.

La Real Academia concedió a *El síndrome de Estocolmo* el premio Fastenrath. Y hubo otro hecho, no sé en qué medida relacionado con el anterior: la inclusión de mi narrativa breve en los fondos esmerados y tan económicos de la colección Austral, esa larga estantería de clásicos que uno sueña con tener ordenadita y completa en su casa: *Cuentos para Lectores cómplices*, con prólogo de Ricardo Gullón.

Me dio miedo ver mi libro en el catálogo famoso, situado -¡pobre de mí!- entre *Cien años de soledad* de García Márquez y el *Abel Sánchez*; de Unamuno. Pero también comprendí que si seguía escribiendo cuentos, de ahora en adelante, me sería más fácil publicar.

Hay quien habla de la "gloria literaria" y pienso ¿qué será, eso de alcanzar la gloria literaria? ¿Figurar en la enciclopedia Espasa? ¿Que el nombre del escritor se lo pongan a una calle? Cosas así. Pero uno siente que ha alcanzado cierto puesto en el escalafón de la literatura y que uno empieza a ser alguien cuando llama por teléfono al editor y la secretaria, no le dice la frasecita hueca y mendaz de que "el director está reunido".

Como el editor no estaba reunido, ni hablando por otra línea, ni ocupado con

otra visita, llegué a ver en los estantes de las librerías *Picassos en el desván* y no mucho después *Las ciudades de Poniente*, que había recibido el premio "Torrente Ballester" y que pronto saldrá traducido en Francia, cuando anteriormente no se habían traducido mis libros sino tan sólo poemas y cuentos sueltos al francés o al inglés. O sea: una discreta mejora. Pero seamos sinceros: sigo siendo un escritor que no se ha visto en la lista de los libros más vendidos y que probablemente no se verá nunca, aunque pensándolo bien, prefiero tener unos centenares de lectores que me relean, mejor que muchos miles de "compradores", olvidadizos de mis páginas.

En fin, señores oyentes, en esta mañana leonesa, hasta aquí llega mi aventura literaria, que no quisiera ver terminada hasta el fin de mis días, aunque lo que sí está a punto de terminar es mi conferencia, o lo que estas declaraciones puedan llamarse.

Pero déjenme hacer unas conclusiones.

Comprendo que ustedes se pregunten el por qué de unas peripecias tan esforzadas; o dicho de otro modo: esa interrogación que no suele faltar en boca de los investigadores o de los periodistas: ¿cuáles son los motivos verdaderos de su vocación? Usted, ¿por qué escribe?

Mis respuestas suelen ser diversas, según el estado de ánimo del momento, pero cada vez..., lo diré sin rodeos: a medida que envejezco, la cuestión se decanta a que "escribo para que me quieran". Ahora leo que lo dice García Márquez, copiándome, o a lo mejor es casualidad.

Confieso que mis primeros versos los escribí para que me quisiera una niña de Bilbao, que había venido a mi pueblo del Noroeste, una de las "forasteras del verano" que luego serían tema recurrente en mi narrativa e incluso en mi poesía.

Confieso, que a mis catorce o quince años enviaba crónicas al periódico provincial para que me dejaran entrar de balde en el cine, un mundo donde el amor reinaba en la pantalla, pero también en la intimidad de las localidades penumbrosas.

Confieso y declaro que hoy 27 de agosto de 1996, día de Santa Mónica y víspera de San Agustín, estaría muy a gusto en el mar del verano, o en la montaña, o a la sombra consoladora de mi pueblo y sin embargo, estoy aquí, porque la Universidad me ha invitado -una forma de tenerme estima- y más aún, con la esperanza de que ustedes, de vuelta a sus casas, me recuerden con afecto.

Pero no me maltrataré hasta el punto de quedar aquí como un egoísta, porque también escribo por amor a los demás, para querer a los demás, con que, ¡adiós!, y ya saben ustedes mis sentimientos.